

**PIERRE MÉNARD:
VEINTE BUENAS RAZONES PARA DEJAR DE LEER¹**

BERNAT CASTANY PRADO

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Éste es el fin de nuestros afanes, éste el premio de un trabajo inútil y vano, de perpetuas vigili­as, fatigas, ocupaciones, preocupación, soledad, privación de todos los placeres, de una vida semejante a la muerte, apartándose de los vivos mientras se convive, se lucha, se habla y se piensa con los muertos, descuidar de los asuntos propios, destruyendo el cuerpo a fuerza de hacer trabajar al espíritu. De ahí las enfermedades, a menudo la locura, la muerte siempre.

Francisco Sánchez, *Que nada se sabe* (1580)

La primera sorpresa que nos depara este libro es el seudónimo escogido por su autor, que nos remite al célebre relato “Pierre Menard, autor del *Quijote*” de Jorge Luis Borges. La segunda es que se trata de un libro cuya intención aparente es animarnos a apartarnos de los libros. Así lo expresa su autor, con fingida indignación, en las primeras líneas de su ensayo: “El 18 de julio de 1925, Hitler publica *Mein Kampf*. Ochenta años más tarde, Grasset edita un elogio de la lectura. ¡No podemos tolerar más tiempo estas afrentas a la dignidad humana!”. Por eso, añade, teniendo en cuenta que “la Comuna le prendió fuego al Louvre, ¡incendiamos las librerías!” (9)

El autor se referirá orgullosamente a sus “ilustres predecesores en esta lucha homérica”. De un lado, se halla Pío IV, que instauró el *Index* de libros prohibidos. Del otro, Louis XV, que estableció, en 1757, una ordenanza que “condenaba

¹ Ménard, Pierre (2014): *20 bonnes raisons d’arrêter de lire*. Paris: Cherche Midi. Las traducciones son nuestras.

a muerte a los escritores, a los vendedores ambulantes y a los libreros que atacasen a la religión”. Y, “a pesar de los sobresaltos y ataques de los bibliópatas”, se muestra optimista al afirmar que “nuestra noble causa triunfa cada día más.” (10)

En la tradición de las adoxografías, o elogios de causas imposibles, que eran un ejercicio habitual en la formación retórica clásica, y que inspiraron el *Elogio de la locura* de Erasmo, sin el cual sería impensable la novela moderna, el libro de Pierre Menard enumera veinte buenas razones para dejar de leer. Y, a pesar del tono indudablemente irónico del libro, el autor logra despertar ciertas ambigüedades que lo harán especialmente interesante.

Pienso en la tradición de la misología, que critica una formación libresca y teórica, que, parapetada en las comodidades de la abstracción, pretende ahorrarse todo esfuerzo real. Y es que, quizás, la sabiduría no debería buscarse tanto en los libros, como en la observación de la realidad, el trato con las personas, la acción, el viaje o el diálogo. Por esta razón, autores como Erasmo, Montaigne, Cervantes, Emerson o Thoreau no hubiesen dudado en asentir, divertidos, a muchas de las razones que avanza este libro.

1.- Leer es peligroso

Según el autor, los miembros del poderoso complot libresco “han conseguido que los anuncios que avisan de los peligros del alcohol, el juego y el tabaco, no afecten también a los libros.” (13) Y ello a pesar del ingente número de lectores inocentes que “se cortan al girar las páginas de libros mediocres, cuando no abyectos” (13); que se vuelven miopes, como Goethe, Schiller, Hugo o Sartre, cuando no totalmente ciegos, como Homero, Milton, Nietzsche o Borges; o que contraen un insomnio severo que les lleva a empezar su jornada “apagados y blancos como una sabana por haber pasado la noche en compañía de un libro”. (16) Por todo esto, dice, “si fuese americano, ya habría denunciado a los editores”, aunque “si fuese americano, no leería nunca y no necesitaría llevar ante la justicia a los editores.” (14)

2.- Leer vuelve feo

Para el autor, además de la miopía y los cortes, la lectura produce un tipo de fealdad muy particular, como es la calvicie. Porque, cuando no entendemos un libro, cosa que sucede a menudo, nos llevamos la mano al cabello. Y esa es la razón por la que todos los grandes lectores, como Hume, Kipling, Flaubert o Foucault, acabasen totalmente calvos. Tal fue el caso de Proust, al que Cocteau comparó con un “huevo de Pascua”, y Daudet con el mismísimo diablo. Eso sin contar que un gran número de lectores fueron espantosamente feos, como el poeta Leopardi, “pequeño, jorobado y ciego”, que de pequeño “oía cómo sus padres le rezaban a Dios para que se muriese”. (18) Todo sin mencionar a Sartre.

3.- Leer te hace vago

Según Pierre Ménard, pudiendo pasear, nadar, tomar el sol o jugar al tenis, el bibliópata de manual “renuncia a todo para no mirar más que pedazos de papel ennegrecidos de tinta”; cosa que, además, siempre hace “sentado o estirado.” (21) En *La decadencia de la mentira*, de Oscar Wilde, el personaje de Vivian exclama, después de que Cyril le diga que no debería pasarse el día encerrado en la biblioteca: “¡Gozar de la naturaleza! Me siento feliz de poder decir que es una facultad que he perdido totalmente.” Lo cierto es que, “vista de cerca, la vida de un gran lector no es tan diferente de la de un enfermo en fase terminal: se levanta, se estira (para leer), desayuna, se estira (para leer), cena, lee, se acuesta...” (22)

No es extraño, pues, que Montaigne llegase a decir que los libros debilitan el cuerpo, y que todos los pueblos fuertes comparten su odio por la literatura, y adujese como prueba el hecho de que: “Cuando los godos arrasaron Grecia, lo que salvó a todas la bibliotecas de ser incendiadas, fue que uno de ellos sembró la opinión de que era necesario dejar ese edificio entero para mejor someterlos, ya que los desviaba del ejercicio militar, y los distraía con ocupaciones sedentarias y ociosas.” (22)

Pero los libros no sólo reblandecen el cuerpo, sino también el espíritu. Y eso es lo que llevó a Platón a lamentar, en el *Fedro*, la invención de la escritura. Ésta sería culpable de una pérdida generalizada de la memoria, ya que los individuos no realizarían el esfuerzo de retener las ideas, al considerar que, llegado el momento, siempre podrían hallarlas en los libros. Es lo que hoy llamamos “efecto Google”. Más aún, la escritura impide el mismo pensamiento, porque, en vez de madurar sus razonamientos y pensar por sí mismos, los individuos tienden a leer las ideas ya fijadas, absteniéndose de hacerlas vivir en su mente. “Lamentablemente, Sócrates no fue escuchado, y unos pequeños cretinos, empezando por Platón, se pusieron a garabatear pergaminos.” (23)

4.- Leer vuelve pedante

Suele suceder que, por el mero hecho de haber leído el libro de un hombre inteligente, los lectores se crean inteligentes, como si “ver una película de James Bond nos transformase *ipso facto* en agentes secretos.” (25) Pero, aunque haya, en palabras de Jean-Baptiste Say, “la misma diferencia entre un pensador y un erudito que entre un libro y su índice”, tras la lectura de unos pocos libros intelectuales, el bibliómano no sólo empieza a tomarse por un genio, sino que también se siente con el derecho de dominar al resto de los mortales. “Es el caso de los mandarines chinos, que, consagrados al estudio, no se cortaban las uñas para mostrar que nunca se rebajarían a realizar ningún tipo de trabajo manual.” (26)

Tenía, pues, razón Pascal al afirmar que la curiosidad no es más que vanidad, y que no queremos saber más que para exhibir nuestros conocimientos, hasta el punto de que nadie cruzaría el mar por el mero placer de ver, si no se le añadiese la esperanza de poder contárselo a alguien. Igualmente vanidoso, el bibliómano

“no lee más que para que todo el mundo esté al corriente de que lo hace”. Y pone como prueba irrefutable “la triste vida de monseñor de Montaigne”. (27)

5.- Leer vuelve snob

Según Pierre Ménard, “la frontera entre la pedantería y el snobismo es más fina que el papel de la Pléiade.” (29) Alguien llamó a Proust, no sin razón, “la abeja de las flores heráldicas”. (31) Este snobismo es contagioso, dice, porque “muchos de los lectores de *A la búsqueda del tiempo perdido* que he tenido la mala suerte de conocer son tan snobs como un conserje descendiente por el lado de su abuela materna del hijo natural de un emigrado ruso de 1917”. De ahí que, “en algunos medios, no se diga “leer a Proust”, sino “releer a Proust”, como si se naciese con *A la búsqueda del tiempo perdido* en un rincón de la cabeza.” Pero cuidado, nos avisa el autor, porque también se puede no leer por snobismo. Tan profundo es este mal... (32)

6.- Leer nos aparta del mundo

La lectura aísla, ya que es necesario que “el mundo que nos rodea deje de existir para que podamos entrar en el del autor que devoramos.” (36) Evoca, de nuevo, a Proust, quien afirmó, en *Días de lectura* (el prólogo que escribió para su traducción de *Sésamo y lirios*, de John Ruskin), que sus únicos compañeros de lectura son los platos colgados en el muro, y el péndulo del reloj; y a Xavier de Maistre, quien también se encerró en su cuarto, tal y como dejó reportado en su *Viaje alrededor de mi habitación*. La lectura también aísla, porque “leer es encerrarse en un mundo imaginario, que acaba sustituyendo la vida”, hasta el punto de que “leer consiste en estar en todos aquellos lugares donde no se está: en el pasado, cuando se lee historia, en el futuro, cuando se lee ciencia ficción, y si se habla del presente, en un presente imaginario, que no existe.” (37) No es extraño, pues, que el lector acabe prefiriendo los placeres imaginarios a los reales. Y de ahí a la misantropía no hay más que un paso. (38)

7.- Leer es un obstáculo para el éxito profesional

Según Pierre Ménard, no son pocos los autores que perdieron sus trabajos por leer en el trabajo. Sin duda, el espíritu de empresa es totalmente opuesto al espíritu literario, como prueba el hecho de que Nathan Mayer Rothschild, que fue uno de los hombres más ricos de todos los tiempos, se jactase de no leer jamás. (40) Y es que el lector se enreda en todo tipo de preguntas, mientras que el emprendedor no tiene tiempo más que para actuar. Además, el lector es cobarde, asustadizo y timorato, razón por la cual “los sabios acaban, siempre o casi siempre, pobres, sucios y solos.” (41) De ahí que Julio César considerase, según nos informa Suetonio, que la reflexión era enemiga de la acción. Y Pierre Menard nos anime a que:

“en lugar de pastar el polvo de los aburridos tomos de nuestra biblioteca, salgamos de noche, conozcamos a gente.” (41)

8.- Leer vuelve loco

Si es cierto que la literatura nos aparta del mundo, animándonos a encerrarnos en un universo paralelo, “no es sorprendente que nos tornemos locos.” (43) Pensemos, por ejemplo, en los grafómanos: “No hay ni uno solo que esté en sus cabales.” (44) Unos son alcohólicos, como Faulkner, Fitzgerald, Duras, Hemingway, Poe, Baudelaire, o Raoul Ponchon, a quien le debemos aquella frase feliz que dice: “*Quand mon verre est vide, je le plains; quand mon verre est plein, je le vide.*” Los otros son drogadictos, como Conan Doyle, Stevenson, Baudelaire, Musset, Flaubert, Dumas, Huxley, Nabokov, Cocteau u Oscar Wilde. Cuando no epilépticos, como lord Byron, Flaubert o Molière.

O extravagantes, como Gérard de Nerval, que se paseaba por todo París con un bogavante atado al extremo de una correa hecha con un lazo azul. Aunque, cuando Théophile Gautier quiso curarlo de su locura, Nerval le respondió: “¿En qué un bogavante es más ridículo que un perro, un gato, una gacela, un león o cualquier otra bestia de las que la gente se hace seguir? Me gustan los bogavantes, porque, además de ser tranquilos, serios y conocer los secretos del mar, no ladrarán.”

Otro bibliómano fue Claude-Charles Pierquin de Gembloux, que escribió más de ciento cincuenta libros sobre todas las materias, entre los cuales destaca un diccionario francés-ouistiti: “GHRÏÏ: venir. IROUAH-GNO: tengo un dolor moral horroroso, salvadme. IROUAHHI: dolor violento y moral llegando a la desesperación. KOUIC: estoy contrariado, ofendido, molesto.” (45)

Por todo ello, el autor celebra que Federico Guillermo I de Rusia, “uno de los pocos soberanos que tuvo el genio de prohibir todos los escritores en su reino”, llamase a los escritores “meatintas”. Y también que Nicolas Boileau, perpetrador de un *Arte poética*, fuese emasculado en su juventud por un pavo montado en cólera.

9.- Leer vuelve triste

La locura puede hacerte feliz, y entonces no hay nada que decir. Lo que no podemos perdonarle a los libros –dice el autor– es que nos vuelva tristes y solitarios, al aislarnos del mundo y llenarnos de presunción. “¿Acaso los seres más felices no son también los más estúpidos?” (49) A los niños, cualquier cosa les divierte: “romper una hoja de papel hace chillar de risa a un bebé, mientras que hace llorar a un bibliómano.” (49) Y los estadounidenses, “como no han leído, tienen el sentimiento de descubrir permanentemente el mundo que se les ofrece”, razón por la cual “todo les maravilla: los botones del puño de la camisa, un coche que no es un pick-up, una ardilla roja, una botella de agua, todo eso les parece *so amazing!*”

(50) En cambio el lector siempre se aburre. Nada le sorprende. Y cuanto más lee, más melancólico se vuelve. De ahí que la *Melancolía* de Durero tenga sobre las rodillas un libro. Valga la autoridad de la Biblia: “Y dediqué mi corazón a conocer la sabiduría, y también a entender las locuras y los desvaríos; conocí que aun esto era aflicción de espíritu. Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor.” (Eclesiastés 1, 17-18)

10.- Leer mata

“Fumar mata. Leer también”, estampa Pierre Ménard. El emperador Moghol Humâyûn no murió en la batalla, sino tropezando en el escalón de su biblioteca; otro emperador murió envenenado por el veneno depositado sobre las páginas de su libro de cabecera; y el caballero de Champcenez murió guillotinado, a finales del siglo XVIII, por no querer separarse de su biblioteca. Y si el lector no es asesinado, es porque él mismo se ha suicidado. El *Werther* de Goethe provocó una verdadera oleada de suicidios por toda Europa. Y *Madame Bovary* debería ser considerada el símbolo del idealismo nihilista que difunde una literatura, que “no es la verdadera vida, pero que trata de parecersele, siendo en verdad su negación.” (53) Eso sin contar que, durante muchos siglos, las mejores encuadernaciones se hicieron con piel humana. De hecho, “durante la Revolución francesa, una curtiduría que se hallaba cerca de Meudon se especializó en la confección de esos bellos objetos...” (56) En resumen, tal y como nos informa Patrice Delbourg, la esperanza de vida de un escritor francés no sobrepasa los 53 años. De ahí que el autor lamenta que hayan quedado tan lejos aquellos buenos viejos tiempos en los que el emperador Domiciano hacía crucificar a los librereros.

11.- Vuestro librero os miente

Sin duda, “los escritores, librereros y editores, hábiles sastres, nos elogian la belleza de lo que venden, pero ¿cómo podría ser su opinión desinteresada si se ganan la vida vendiéndonoslo?” (58) Lo más probable es que toda esa mística que aureola el mundo de la lectura y la escritura no sea más que el resultado de una efectiva campaña de propaganda que tiene como objetivo enriquecer a editores, librereros y autores. Frente a todos ellos, este libro se levanta como la voz del niño que se atreve a decir que el emperador va desnudo.

12.- Leer es económicamente aberrante

Los libros son caros. A lo que puede añadirse un “sobrecoste negativo”, ya que, en lugar de leer, podríamos estar trabajando. De modo que al coste de cada libro deberíamos añadirle el dinero que no hemos ganado por habernos pasado el rato leyendo en lugar de trabajar. (60)

13.- Leer es un placer elitista

Según Pierre Ménard, leer exige tener tiempo, lo cual es un privilegio de una élite ociosa. (64) La gente que lee, suele hacerlo sobre en un sillón Voltaire, cerca de una chimenea de mármol, o en el avión que les lleva a Nueva York. No lee todo el que quiere. Leer es un privilegio. Y, en aras de la democracia, sería mejor que renunciáramos a él.

15.- Leer vuelve reaccionario

En el siglo I a.C., el poeta Tibulo dijo, añorando la edad de oro: *Quam bene Saturno vivebant rege*. “Cuán feliz era el hombre bajo el reino de Saturno”. En palabras de Onfray, Montaigne buscaba a Roma en el siglo XVI. Y en el XVIII, Rousseau se lamentó de no haber nacido romano: “*Que ne suis-je né romain?*” Todo ello apunta al hecho de que “leer demasiado, y en particular leer demasiados libros de historia, nos hace demasiado conscientes de las ventajas del pasado y de los inconvenientes del presente”. Lo cual suele sumirnos en una nostalgia tan reaccionaria como perniciosa.

“Los libros nos hacen añorar los tiempos felices en los que Creso no tenía más que inclinarse sobre el Pactolo para hallar oro, Salomón tenía setecientas mujeres y trescientas concubinas, y el francés era la lengua internacional...” Mientras que hoy “el agua moja, los trenes derrapan, los electricistas no tienen muchas luces, y los hombres han perdido la fe...” ¿Qué hacer contra esta odiosa modernidad? Para Pierre Ménard, la solución es muy simple: “Cambiad vuestros malos libros por una buena televisión, mirad las emisiones de telerrealidad, y la nostalgia desaparecerá.” (75)

16.- Leer es peligroso para la sociedad

En la “regocijante novela” *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, “las personas que leen son menos maleables, y tienden a cuestionar todo lo que les rodea, por eso los lectores constituyen un verdadero peligro para la sociedad.” (77) En *El placer del texto*, Roland Barthes dijo que, para apreciar un libro, el lector debe desprestigiar toda moral, toda política, toda religión, toda ideología, todo dogma... Puro pecado de *hybris*. De ahí que, en su *Politique tirée des propres paroles de l'Écriture sainte*, Bossuet tratase de mostrar, mediante las Sagradas Escrituras, que cada régimen político ha sido querido por Dios, y que rebelarse contra el gobierno, sea cual sea, es rebelarse contra Dios.

La Iglesia no logró acabar con la imprenta, esa “invención diabólica digna del Anticristo” que ayudó a propagar las ideas protestantes, permitiendo el avance de una Reforma, que hubiese resultado imposible un siglo antes. (78) Si sólo fuese esto... La imprenta también facilitó la difusión de los libros anticlericales de Pierre Bayle, Jean Meslier, D'Holbach o Feuerbach... El conde Pergen, ministro de la

policía de Francisco II de Austria no se equivocaba al declarar “enemigos del estado” a todos aquellos “que se interesaban por las letras”.

En *Del horrible peligro de la lectura*, Voltaire habla de un sultán del imperio otomano que prohibió todos los libros, salvo el Corán, porque “la facilidad que tienen los libros para comunicar los pensamientos tiende a disipar la ignorancia, que es la guardiana de los Estados bien administrados”, cuando resulta evidente que es mucho mejor para todos “mantener a la nación en una feliz necesidad”. (79)

17.- Los libros mienten

Cuando se le preguntó al mariscal Foch por qué no escribía sus memorias, respondió: “Porque no tengo nada que ocultar.” Por su parte, Napoleón consideraba que la historia es un conjunto de “fábulas convenidas”. Y eso que la historia aún encierra alguna verdad si se la compara con la filosofía y la teología. Pensemos, por ejemplo, en Descartes, que dice, en sus *Meditaciones metafísicas*, que si mi espíritu finito guarda en su interior la idea de un ser infinito, entonces esa idea no viene de él, sino de ese ser infinito. Y si ese ser es infinito, entonces tiene todas las perfecciones. Y como la existencia es una perfección, entonces Dios existe. Lo cual es una demostración hermosa, y manifiestamente falsa. No deja de ser una versión refinada del diadelo de Aurélien Scholl: “Veamos, si Dios no existiese, ¿cómo habría podido tener un hijo?”

En fin, a todos los libros les pasa lo mismo que a aquel escritorzuelo que le entregó un manuscrito a Lessing. Al cabo de unos días, el célebre crítico de arte alemán le dijo: “Hay cosas nuevas y verdaderas en vuestro libro.” Si bien, al ver que el escritor se regocijaba, aquel le aclaró: “He dicho que hay cosas nuevas y verdaderas, pero desgraciadamente lo nuevo no es verdadero, y lo verdadero no es nuevo.” (91)

18.- Las presuntas cualidades de la lectura son falsas

Leer no estimula la imaginación más que el cine. Al fin y al cabo, cerrar los ojos en el cine no es un obstáculo, puesto que la película continúa. Mientras que resulta totalmente imposible cerrar los ojos mientras se lee. (Además, el cine adelgaza, pues, según un estudio de la universidad de Westminster, se quema un gran número de calorías cuando se ven películas de miedo: *Shining* (184 calorías), *Tiburón* (161 calorías), *El exorcista* (158 calorías), *Alien* (152 calorías)...)

Leer no ayuda a mejorar la ortografía. Victor Hugo escribía con muchas faltas. Si bien es cierto que también decía: “Esta palabra quizás no sea francesa, pero después de mí, lo será.”

Leer no es como respirar. Y a aquel que insista en ello le propone realizar el siguiente experimento: “Yo dejo de leer durante una semana, y tú dejas de respirar. A ver cuál de los dos tiene razón.”

Puede que leer cultive. Pero, como dice el abad Dinouart, en *El arte de callar*, la mayoría de los libros no contienen más que una o dos ideas interesantes. Y el resto sobra.

Además, siempre se pueden aprender algunas anécdotas curiosas con el objetivo de deslumbrar a la galería, y con el de no tener que leer nunca más.

Por ejemplo, que todo el oro del mundo cabe en un cubo de 18 metros de lado; que, en 1662, Pascal fundó la primera compañía de transportes públicos de Francia, los ómnibus, que eran tirados por caballos; que Tycho Brae perdió la nariz en un duelo, y llevaba una prótesis de oro; que los palillos chinos fueron inventados por un emperador que temía que lo asesinasen con un cuchillo mientras comía; que, durante la guerra de 1870, cuando el ejército francés se hallaba en retirada, un diputado tuvo la genial idea de soltar todas las bestias del Jardin des Plantes para que atacasen a los alemanes, si bien los parisinos prefirieron comérselas; que Rossini, odiaba a Wagner, y que un día en que tocó una de sus composiciones, y alguien dijo que sonaba mal, le respondió: “Sí, pero es peor cuando la toco del derecho”; que el culpable de *Diez negritos* es el juez Wargrave; que André Gide murió antes que el escritor católico François Mauriac, quien recibió al día siguiente un telegrama que decía: “No hay infierno. Stop. Puedes soltarte. Avisa a Claudel. Stop. Gide”; y que el áfil, que quiere decir elefante en árabe, se llama “*fou*” en Francia y “*Bishop*” en Inglaterra, porque sólo los locos y la Iglesia podían criticar al rey.

19.- Leer es aburrido (y este libro debería haberlo probado)

Para Philippe Sollers, escribir “es el único medio de hablar de uno mismo sin sufrir el aburrimiento que nos provocan los demás”. Por eso, Flaubert, en su *Diccionario de prejuicios*, definió el libro en los siguientes términos: “Sea cual sea, siempre demasiado largo”. Las cifras de ventas de la edición de La Pléiade de *A la búsqueda del tiempo perdido* fueron de 340.000 ejemplares para el primer tomo, 132.000 para el segundo, y ni 10.000 para el tercero. Y Rousseau dijo de las fábulas de La Fontaine: “¡Qué horrible lección para el niño! El más odioso de todos los monstruos sería un niño avaro y duro, que sabe qué se espera de él. La hormiga es peor aún, pues le enseña a burlarse mientras niega el socorro.” Y al oír al poeta Lewis Morris lamentarse de que los críticos no le prestasen atención, y decirle: “Hay una conspiración del silencio contra mí. ¿Qué debería hacer?”, Oscar Wilde le respondió: “Unirse a ella.” Por todo ello, dice Pierre Ménard, “los libros, en general, son a la inteligencia lo que los años 1970 al buen gusto.” (105)

20.- Leer es inútil

El autor dice coincidir con Cioran, quien consideraba que “la lectura es una actividad nefasta y esterilizante.” (107) Para empezar, no retenemos más que el 10 %

de lo que leemos, frente al 30 % de lo que vemos, el 50 % de lo que vemos y oímos, y el 90 % de lo que hacemos. También es cierto que se puede leer para seducir. “Si bien, en ese caso, ni siquiera es necesario leer, pues la posesión de la obra es más que suficiente.” (118) Y ése es el gran problema del e-book, pues “¿qué interés tiene leer si los demás ya no ven que estamos hundidos hasta las cejas en Víctor Hugo?” (109)

“Y ahora –añade-, que ese snob con bigote de Proust nos diga que la verdadera vida se halla en los libros. He ahí una frase de contemplativa. No, Marcel, la verdadera vida no se halla en las hojas amarillentas y ennegrecidas, sino en las realizaciones. Nos refugiamos en los libros, como nos refugiamos en el trabajo, o en los paraísos artificiales, esto es, cuando no tenemos nada mejor que hacer, y huimos de nuestra propia vida. Y ya es hora de que esta terrible y destructiva adicción sea reconocida por la Seguridad Social como una grave discapacidad, y pueda por fin ser dignamente curada en asilos dedicados a este propósito.” (109)

21.- Los libros son pésimos

Según dijo Bénabou, en *Por qué no he escrito ninguno de mis libros*, “muchos libros merecen un siete en la escala de Bristol, que es la herramienta de referencia de los gastro-enterólogos.” (113)

Y a continuación Pierre Ménard nos ofrece una serie de gazapos literarios desopilantes:

- “Con una mano alzó su puñal, y con la otra le dijo...” (Ponson du Terrail, *Rocambole*)
- “Cuatro mil árabes corrían detrás, descalzos, gesticulando, riendo como locos, y hacían lucir al sol seiscientos mil dientes blancos.” (Alphonse Daudet, *Tartarin de Tarascon*)
- “Guillaume es un chico honesto, que no se había dado cuenta de que su corazón le servía para algo más que para respirar.” (Alfred de Musset, *Le Chandelier*)
- “De color verde manzana, su casulla, ornada con flores de lis, era azul cielo.” (Gustave Flaubert, *Bouvard et Pécuchet*)
- “Tenía un pantalón de terciopelo y un chaleco del mismo color.” (Ponson du Terrail, *Rocambole*)
- “El anciano se paseaba solo por el parque, con las manos tras la espalda, mientras leía el periódico.” (Ponson du Terrail, *Rocambole*)

Según el autor, “estas perlas hacen reír, y casi que dan ganas de leer...” (115)

A continuación, enumera algunas críticas divertidas, un poco en el estilo del “Arte de la injuria” de Borges. Huysmans llamó a Víctor Hugo: “agua de bidet con

un viejo fondo de pila de agua bendita”, y Balzac lo acusó de pagar a los periodistas para que lo criticasen. Jules Renard dijo, en su *Diario*, que “Mallarmé es intraducible, incluso en francés.” Y el realista Barbey d’Aurevilly llamó al naturalista Émile Zola “el Miguel-Ángel de la mierda”. El autor acaba el capítulo citando a Paul Valéry, según el cual: “Los libros tienen los mismos enemigos que el hombre: el fuego, la humedad, las bestias, el tiempo... y su propio contenido.”

Me gustaría acabar recordando que este libro se halla en la tradición de la misología, u odio al estudio excesivo, cuya historia esboqué en *Que nada se sabe. El escepticismo en la obra de Jorge Luis Borges* (Editum, 2012). Heráclito ya afirmó que era más importante la *sophia*, o sabiduría, que la *polimatheia*, o erudición.

Según afirma Diógenes Laercio, en *Vidas de los filósofos más ilustres*, Aristipo le respondió a uno que se gloriaba de saber muchas cosas: “Así como no tiene más salud quien come mucho y mucho se ejercita que quien come lo preciso, así tampoco debe tenerse por erudito quien estudia muchas cosas, sino quien estudia las cosas útiles”. Y también que “tenía por inútiles la física y la dialéctica, porque quien haya aprendido a conocer lo bueno y lo malo puede muy bien hablar con elegancia, estar libre de supersticiones y evitar el miedo de la muerte”.

También Sexto Empírico refutará a los dogmáticos, o profesores, en *Contra los dogmáticos*. Séneca criticará el exceso de libros, en sus *Cartas a Lucilio*. Marco Aurelio se exhortará a arrojarlos lejos de sí, en sus *Meditaciones*. Y los clásicos, en general, harán suya la divisa *non multa, sed multum*, esto es, no una gran variedad de lecturas y conocimientos, sino la frecuentación de unos pocos textos e ideas que han de ser incorporados.

En el *Elogio de la locura*, Erasmo describirá en los siguientes términos al erudito: “Llevad un sabio a un banquete y lo perturbará o con lúgubre silencio o con preguntitas fastidiosas. Introducidle en un baile, y os parecerá, danzando, un camello. Conducidle a un espectáculo y con su solo semblante disipará toda diversión y se le obligará a salir del teatro, como al sabio Catón, si no logra desarrugar el entrecejo. Si mete cucharada en una conversación, caerá de improviso, como el lobo en la fábula. (...) Por ello, si alguien a solas quisiese contrariar la corriente general, yo le aconsejaría que, imitando a Timón, emigre a algún desierto, y allí, a solas, disfrute de su sabiduría.” (Erasmo, *Elogio de la locura*, § 25)

Tan tristes le parecen los eruditos, dice Erasmo, quizá con melancolía, que la naturaleza ha decidido que no merecen tener descendencia: “¿Qué fue si no la sabiduría lo que le llevó a ser acusado y a tener que beber la cicuta? Pues mientras filosofaba sobre las nubes y las ideas, y medía las patas de una pulga e investigaba el zumbido de un mosquito, no aprendía aquellas cosas que tocan a la vida normal. (...) Precisamente esta especie de hombres que se da al afán de la sabiduría, aun siendo desgraciadísimos en todo, lo son por modo especial en la procreación de los hijos, lo cual me parece obedecer a la providencia de la naturaleza para que el

daño de la sabiduría no se extienda más entre los hombres.” (Erasmus, *Elogio de la locura*, § 24)

También vale la pena tener en cuenta el siguiente fragmento del *Que nada se sabe* (1580), de Francisco Sánchez: “Por eso permítasenos comparar, no sin motivo, nuestra Filosofía con el laberinto de Minos: una vez hayamos entrado en él, no podemos retroceder ni liberarnos. Y si avanzamos, damos con el Minotauro, que nos quita la vida. Éste es el fin de nuestros afanes, éste el premio de un trabajo inútil y vano, de perpetuas vigiliias, fatigas, ocupaciones, preocupación, soledad, privación de todos los placeres, de una vida semejante a la muerte, apartándose de los vivos mientras se convive, se lucha, se habla y se piensa con los muertos, descuidar de los asuntos propios, destruyendo el cuerpo a fuerza de hacer trabajar al espíritu. De ahí las enfermedades, a menudo la locura, la muerte siempre.”

También son conocidas las burlas de Rabelais, de Montaigne, de Diderot o de Voltaire al respecto. Más sorprendente, quizá, es la siguiente consideración de Kant, en su *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1785): “computando todas las ventajas que sacan, no digo ya de la invención de las artes todas del lujo vulgar, sino incluso de las ciencias -que al fin y al cabo aparécenles como un lujo del entendimiento-, encuentran, sin embargo, que se han echado encima más penas y dolores que felicidad hayan podido ganar, y más bien envidian que desprecian al hombre vulgar, que está más propicio a la dirección del mero instinto natural y no consiente a su razón que ejerza gran influencia en su hacer y omitir.”

Le seguirá Nietzsche, con su segunda intempestiva, titulada *De los usos y perjuicios de la historia para la vida* (1874), que distinguirá entre la *Kultur*, o erudición, y la *Bildung*, o formación. Y tantos otros...

Evidentemente, aunque la mayor parte de los argumentos que aparecen en la obra de Ménard no son más que sofismas e ironías, no deberíamos perder la ocasión de pensar en profundidad algunas de las cuestiones que está sugiriendo. En todo caso, tal y como hicieron Borges en “La Biblioteca de Babel”, Monterroso en “Cómo me deshice de 500 libros” o Pierre Bayard en *Cómo hablar de los libros que no se han leído* este libro puede ayudarnos a desculpabilizar nuestra ignorancia, con el objetivo de establecer una actitud cognoscitiva más escéptica, más lúdica, más alegre y más práctica. Al fin y al cabo, tal y como decía Epicuro, “vano es el conocimiento que no sirve para aliviar un dolor humano”.